

España de PARTE a PARTE

Folleton de Hermano Lobo

RESUMEN DE LO PUBLICADO: SEU no

XVIII
1956

El cisne de Cisneros empezaba a estar de las cintas de tu capa caída. Eran todavía años de autarquía y no se habían inventado los convenios colectivos, de modo que el obreraje tenía bastante con vivir con un salario mínimo, que habían puesto nada menos que en

ya en 1956 que mucha audiencia en El Pardo con Su Excelencia, pero que acabaría fundando Izquierda Democrática para que Alvarez de Miranda se le tirara al monte. Y Fernández Cuesta también se le tiró ya entonces al monte, no veas cómo le puso las cosas al Ruiz, que el Fernández era ministro de la Falange, del SEU, de los coros y danzas, de las camisas azules de los ordenanzas y todas esas cosas; ministro secretario general, que le decían para despistar.

Y van los estudiantes y se echan a la calle a tirar tranvías, que era lo suyo. Pero, tante, aquellos estudiantes ya no eran de la Casa de la Troya, sino de la Plataforma y de la Junta, que madrugaban horrores los tios, veinte años de adelanto sobre el horario previsto en la vuelta de la tortilla a España. Y se ponen

soliloquios con España. ¿El Ruiz Gallardón enchironado con Tamames y con Múgica Herzog, en la misma cuerda de presos políticos? Pues sí, oiga, tal como lo está oyendo, que no nos hemos equivocado. ¿Y Gabriel Elorriaga qué hacía allí, si todavía no había que escribir editoriales en televisión? Pues estaba. ¿Y Múgica Herzog era el mismo Múgica Herzog? Sí, señor; lo que pasa es que todavía no había encontrado a Felipe González, que estaba en Sevilla en la vaquería de su padre, pero era el mismísimo Múgica Herzog con un poco menos de relaciones internacionales, eso es verdad, hijo mío.

Así que va Franco y hace lo de siempre: quita a unos y a otros. Quita de Educación al Ruiz y pone a Rubio García-Mina, el inventor del Preu. Y quita de Falange a Fernández Cuesta y

bía que adecentar la fachada del país. Lo pagaron las izas, rabizas y colipoterras, que les cascaron a las tías la Ley contra la Prostitución. Ea, se acabaron las casas, a inventar la Costa Fleming. Libertad de enfermedades, que dicen que fue la que nos dieron con la célebre Ley.

Y el moro, más moro que nunca. Así que hubo que darle Marruecos, con lo que nuestra vocación imperial se fue a hacer puñetas, por más que nos quedaran Ifni, el África Occidental, como entonces se decía, Guinea y esas cosas. Porque no sabían lo que iba a pasar con Guinea, que sino detienen el 10 de febrero a García Trevijano con Tamames y con Múgica, vamos si lo detienen...

Nos íbamos muriendo de asco muy acompasadamente, con nuestra bandera ondeando en la ONU y todo lo que



treinta y seis pesetas. Así que quienes estaban por la ruptura —que entonces no se llamaba ruptura ni Cristo que lo fundó— eran los estudiantes. Todos queríamos derribar el Régimen, y nos quedábamos con las ganas; pero los estudiantes, por aquello de la Casa de la Troya sería (que siempre manda mucho), como no podían derribar el Régimen tumbaban, los tranvías por los bulevares y por la calle Ancha de San Bernardo, si por los bulevares y por la calle Ancha de San Bernardo pasaban entonces los tranvías, que ésta es otra.

Así que llega Ruiz Giménez, que había venido de Roma todo «aggiornato» y aperturista con su flamante Concordato bajo el brazo y que estaba de ministro de Educación Nacional (a la Educación Republicana que le fueran dando, por roja), y dice que él se hace el loco, que venga, que los estudiantes organicen el Congreso Libre, porque los tios estaban hasta el gorro de SEU, de jefes provinciales y de montañas nevadas. Este Ruiz Giménez lo disimulaba bastante mal, y a chorros se le veía

todos en los bulevares el 10 de febrero, unos que «SEU sí» y otros que «SEU no», y unos que «Sindicato libre» y otros que «Sindicato leches». Total, que se escapa un tiro, como en los momentos cumbres de la historia de España, que siempre viene el diablo a cargarse el invento, y el tiro va y le da a un falangista, a Miguel Alvarez Pérez, la que tuvimos que aguantar en Radio Nacional con Miguel Alvarez y la sangre de Miguel Alvarez y la camisa de Miguel Alvarez y los amigos de Miguel Alvarez.

Como siempre ocurre, meten en la cárcel a los que no tienen nada que ver con el invento, con el tiro, vamos. ¡Jo, qué lista, tío, lo que es la historia! Resulta que la Social mete en el talego al mismo tiempo (apunta, nene, que de menos nos sale un Gobierno Provisional) a Dionisio Ridruejo, a Miguelito Sánchez Mazas, a José María Ruiz Gallardón, a Gabriel Elorriaga, a Enrique Múgica Herzog, a Javier Pradera y a Ramón Tamames, que por entonces eran todos estudiantes o así, menos el pobre de Dionisio, que ya iba de caballero de la mano en el pecho de sus

pone a Arrese, que era más impasible el ademán. Crisis acabada.

Pero, macho, la autarquía se había terminado. La economía iba exactamente igual que ahora: de cráneo. Cogen y ponen los precios congelados, pero nada; los escaparates se llenan de cartelitos que dicen «precios del 1 de agosto», pero con treinta y seis pesetas de salario mínimo, tú me dirás. Así que se las ponían en bandeja a los del Opus, que estaban deseando de llegar con el «Camino» y el Plan de Estabilización bajo el brazo, a quedarse con el manso.

Para que no nos faltara nuestra dosis de anticomunismo, como todavía Solzhenitsyn no se había hecho rico, cogen los soviéticos e invaden Hungría. ¡Madre, la que se armó! No nos cascamos rosarios ni nada en el colegio «por los católicos de Hungría»... Y es que desde que Kubala se había venido para acá teníamos unas relaciones estrechísimas con los católicos de Hungría.

Y como iban a venir los del Opus a coger la sartén por el mango único, ha-

quieras, pero fatal, macho. Va el Girón y se inventa las Universidades Laborales, para que los hijos de los obreros no se pusieran en las otras a decir que «SEU no»; ea, los hijos de los obreros al Escorialito de Gijón, para que no se junten con el Tamames y con el Ridruejo, que nos van a crear las Comisiones Obreras antes de tiempo. (También se podían juntar con Ruiz Gallardón y con Elorriaga, pero era harto improbable.)

Don Pio Baroja, en vista de cómo se estaban poniendo las cosas y para no tener que conocer a los ministros del Opus, que hubiera sido demasiado, va y se muere. Los de Suecia van y para fastidiar la marrana le dan el Nobel a un rojo de derechas, a Juan Ramón Jiménez, en vez de dárselo a Pemán, tan nacional, tan nuestro. Pero resulta que el Jiménez éste ha escrito un libro para niños que le dicen el «Platero y yo». Seguro que el burro es de Izquierda Republicana, hijo.

Pero todos habíamos pedido ya una recomendación para que nos adjudicaran un SEAT. ■ **DON BENITO EL GARBANCERO.**